

Guillermo Prieto
(Una estampa de nuestros tiempos)
GERMÁN DEHESA

En el principio fue la Migajita

Así es. La doctora Maria del Carmen Millón —teziutleca ella, menudita ella, sarcástica ella— entraba al salón de clases y durante una hora la literatura mexicana tomaba cuerpo y habitaba entre nosotros. He de confesar que a mí desde antes, México me caía muy bien, pero me faltaban palabras para decir mi amor. La doctora Millón le proporcionó bibliografía y vocabulario. Puntual, conocedora, precisa y apasionada, Maria del Carmen encontraba su espacio más gozoso en nuestro siglo XIX. Una vez revisada la vasta obra de Lizardi y la novelesca vida de Fray Servando, la maestra hacía pausa dramática y anunciaba: El Romanticismo. Aquí venía otra pausa dramática en lo que ella rebuscaba en un libro; localizaba la página, comenzaba a leer con despaciosa voz el "Romance de la Migajita" de Guillermo Prieto y hagan de cuenta que nos estuviera contando las desventuras de una prima muy cercana, o su propia y hasta entonces jamás revelada historia. Terminaba y aquella aguerrida juventud de los años sesenta (nosotros) guardábamos un sólido silencio. Si me dieran la sorpresa de tener un inesperado ataque de sensibilidad y de inteligencia, en la Migajita encontrarían todos los elementos del romanticismo mexicano: el nacionalismo, el fervor patriótico, el descubrimiento de las voces populares, la exaltación de la pasión y el sentimiento; la noche y la luna como ámbitos poéticos y la doble concepción del poeta como artista y como guía moral. El sector femenino del estudiantado anotaba punto por punto lo anterior y el a la masculina solamente escuchaba con la entera confianza de que, llegado el examen semestral, las féminas—acicateadas por Eros—nos prestarían los apuntes. Si algún día de estos se animan a perder su virginidad mental, les recomiendo que lean "Memorias de mis tiempos", de Guillermo Prieto. En ese libro se van a encontrar con toda la historia del siglo XIX mexicano contada por un testigo de calidad que, además, vivió 80 años de ese siglo y tuvo una excelente memoria y una pluma de cronista particularmente deleitosa. Está en Editorial Patria, está en la biblioteca de la facultad y si quieren saber algo de la Academia de Letrán, del Liceo Hidalgo, de los personajes de la época y de la vida cotidiana de su país hace 100 años, más vale que se pongan a leer ese libro. Dicho esto, la Migajita Millón se ponía de pie y nos suplicaba que la dispensáramos de nuestra presencia. Maria del Carmen Millón ha muerto y ya es figura indispensable de mis propias memorias de mis tiempos. De lo mucho que tengo que agradecerle, enuncio aquí mi romántica devoción por ese viejo de rostro entre malora y afable que a veces se firmaba "Fidel" (el pobre no sabía lo que tal nombre llegaría a significar) y que en vida (1818-1897) se llamó Guillermo Prieto.

Los valientes no asesinan

Así quiero recordarlo: interponiéndose entre el presidente Benito Juárez y los soldados que pretendían matarlo y exclamando ¡los valientes no asesinan! El poder inmovilizador de los octosílabos y la capacidad persuasiva de la prosa epigramática. Queda por averiguarse si realmente los valientes no asesinan; pero esto no es importante, como tampoco lo es si

Prieto pronunció esas palabras. La mítica memoria colectiva así lo imagina: salvando a Juárez y paralizando a la soldadesca no con lo que dice, sino con su modo de decir que, a su vez, surge de la autoridad moral del que se sabe patriota, del que ha cuidado "el pan del pobre" en la Secretaría de Hacienda, del que ha escogido la trashumancia, el destierro, la resistencia y la lealtad como caminos

para hacer posible un país. Mucho mejor que en los claros de luna y en los desvaídos suspiros, el romanticismo mexicano se manifiesta en esta loca empresa de Juárez y sus muchachos. "México perdiendo gana; si no es hoy, será mañana", así cantaba aquel excéntrico contingente de poetas, campesinos, periodistas, tonadilleros, doctores, chinas y chinacos, lechugueros e intelectuales que decidieron no doblegarse. Casi ninguno de ellos había nacido para la guerra. Todos tuvieron que hacerla. Perdieron una batalla tras otra; se retiraron con ejemplar y mexicana constancia; lo hicieron hasta que se dieron cuenta de que, si se seguían retirando, física y moralmente, se les acababa el país. Entonces muy mexicanamente decidieron "apurarse" y comenzaron a ganar batallas. En el Cerro de las Campanas murió el desventurado Maximiliano... Guillermo Prieto limpia cuidadosamente sus antiparras, sacude su levita, esboza una sonrisa tristonca y vuelve a tomar la pluma para dibujar y colorear sus recuerdos, para conjurar la sangre derramada y para reencontrarse con la vida. Así nacen el "Romancero Nacional", "La Musa Callejera" (nuestro primer atisbo de ese costumbrismo urbano que conduce hasta Chava Flores y Gabriel Vargas), "Los San lunes de Fidel" (original en positivo de las demenciales conferencias de prensa del otro Fidel). Todo esto y tanto más le debemos a ese hermoso viejo. Nació en Molino del Rey y murió —cuadras y años adelante— en Tacubaya. Entre estos dos extremos, anduvo por todo México y la Patria caminó con él. De todas las muertes, la más cruel es el olvido. Guillermo Prieto no la merece. Los valientes no asesinan. Memorias de mis tiempos...)

(Este texto será incluido en el Programa del Festival 1995 del Centro Histórico de la Ciudad de México)